

COMIENZA LA CRÓNICA
DEL SERENÍSIMO
PRÍNCIPE DON JUAN,
SEGUNDO REY DESTE NOMBRE
EN CASTILLA Y EN LEON,
ESCRITA POR EL NOBLE É MUY PRUDENTE

CABALLERO FERNAN PEREZ DE GUZMAN, SEÑOR DE BATRES, DEL SU CONSEJO.

PRÓLOGO.

Gran trabajo tomaron los sabios antiguos en escribir las hazañosas é notables cosas hechas por los ilustres Príncipes, que gran parte del mundo sojuzgaron; entre los cuales Plutarco elegantemente escribió de la vida y obras de algunos claros varones, así griegos como romanos; Suetonio de los doce Césares escribió; Laercio de los filósofos é poetas; Juan Bocacio de los ásperos é duros casos generalmente acaecidos á muchos Grandes en el mundo; Lucano del Gran César é Pompeyo; Tito Livio de Roma; Homero de Troya; Trogo Pompeo del Orbe universo; Virgilio de Eneas; Quinto Curcio de Alexandre: en que no solamente perpetuaron para siempre la memoria de aquellos é la suya, mas dieron exemplo á todos los que despues vinieron para virtuosamente vivir é saberse guardar de los peligrosos casos de la fortuna; porque á todo Príncipe conviene mucho leer los hechos pasados para ordenanza de los presentes é providencia de los venideros; que segun sentencia de Séneca, *quien las cosas pasadas no mira, la vida pierde; y el que en las venideras no provee, entra en todas como un sabio*. E los que tal cuidado tomaron, sin dubda son dignos de eterna memoria, é sonles debidos soberanos honores. E aunque yo no sea semejante de aquellos, determiné de escribir, así verdaderamente como pude, la vida é obras é cosas acaecidas en el tiempo del Ilustrísimo Príncipe Don Juan, Segundo Rey deste nombre en Castilla y en Leon. Así ruego á los que la presente Crónica leyeren,

quieran dar fé á lo que en ella se escribe, porque de lo mas soy testigo de vista; é para lo que ver no pude, hube muy cierta y entera informacion de hombres prudentes muy dignos de fé.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la genealogía deste inelito Rey Don Juan, é del su nacimiento.

Este preclarísimo Rey Don Juan, segundo deste nombre, fué hijo del christianísimo Príncipe Don Enrique Tercero, y de la muy esclarecida Princesa Doña Catalina, que fué hija del Duque Don Juan de Alencastre, é de la Duquesa Doña María, hija del Rey Don Pedro de Castilla, é de Doña María de Padilla; é fué nieto del Rey Don Juan Primero, é de la Reyna Doña Leonor, hija del Rey Don Martin de Aragon; é fué viznieto del muy excelente Rey Don Alonso Onceno, que venció la gran batalla de Belamarin, y reganó las Algeciras, é de la Reyna Doña María, hija del Rey Don Pedro de Aragon; é fué descendiente en seteno grado del Rey San Luis de Francia, é del Rey Don Alonso Deceno, que fué elegido por emperador; é nació en el Monesterio de Sant Elefonso de la cibdad de Toro, en Viernes á medio dia, á seis de Marzo del año de la Encarnacion de nuestro Redemptor, de mil é quatrocientos é cinco años; é comenzó á reynar el dia de Navidad del año de mil é quatrocientos é siete años, despues del fallecimiento del christia-

nísimo Rey Don Enrique su padre, seyendo de edad de veinte é dos meses, é reynó quarenta é siete años; é fueron sus Tutores y Governadores del Reyno, la Señora Reyna Doña Catalina, su madre, y el Señor Infante Don Fernando, su tío; é dexó por Testamentarios á Don Ruy Lopez de Avalos, Condestable de Castilla, é á Don Pablo, Obispo de Cartagena, que despues fué de Burgos, é á Fray Juan Enriquez, Ministro de la Orden de San Francisco, é á Fray Fernando de Illescas, su confesor.

CAPÍTULO II.

De cómo la Reyna Doña Catalina estaba en el Alcázar de Segovia, é con ella el Rey su hijo é las Infantas Doña María é Doña Catalina.

Hecha la concordia entre la Señora Reyna Doña Catalina, é Juan de Velasco, é Diego Lopez de Estúñiga, como dicho es, la Señora Reyna estaba en el Alcázar de Segovia, é con ella el Señor Rey, é las Señoras Infantas sus hijas, Doña María é Doña Catalina. E los principales que dentro en el Alcázar posaban, eran Gomez Carrillo de Cuenca, el qual la Reyna habia puesto para doctrinar al Principe, é Alonso Garcia de Cuellar, Contador mayor del Rey, é su Tesorero é Alcayde del dicho Alcázar, é otros muchos oficiales suyos, é asaz gente de armas é vasallos para la guarda del Alcázar. E como quiera que la Señora Reyna tenia consigo á Doña Leonor, hija del Duque de Benavente, muger del Adelantado Pero Manrique, é á la Condesa, muger del Conde Don Fadrique, é á la muger de Diego Perez Sarmiento, hija de Diego Lopez de Estúñiga, é á la muger de Juan Hurtado de Mendoza, é muchas otras Dueñas é Doncellas de mucho estado é linage; tenia una Dueña natural de Córdoba, llamada Leonor Lopez, hija de Don Martin Lopez, Maestre que fué de Calatrava en tiempo del Rey Don Pedro, de la qual fiaba tanto, é la amaba en tal manera, que ninguna cosa hacia sin su consejo. E aunque algo fuese determinado en el Consejo donde estaban la Reyna y el Infante, é los Obispos de Sigüenza é Segovia é Palencia é Cuenca, é Doctores Pero Sanchez é Periañez, é muchos otros Doctores y Caballeros, si ella lo contradecía, no se hacia otra cosa de lo que ella queria; de lo qual se siguió mucha turbacion en estos Reynos, é gran mengua de justicia; é lo que un dia se determinaba, otro dia se contradecía, en tal manera quel Infante no se sabia dar orden para hacer lo que segun buena conciencia en el encargo que tenia, debia hacer. E algunos malos servidores así de la Reyna como del Infante, á quien displacia la concordia de la Reyna y del Infante, procurando sus intereses, ponian entrellos tantas sospechas, que no se confiaban el uno del otro. E ordenóse que la Reyna truxese trecientas lanzas para guarda del Rey, y el Infante docientas para su guarda. E fué ordenado, que todos los Viernes tuviesen pública audiencia la Reyna y el Infante, con todos los del su Consejo, en la casa

del Obispo de Segovia, que es cerca del Alcázar; é quando así viniesen, cada uno dellos traxese treinta hombres darmas: lo qual parecia muy grave á todos los que lo veian, é mucho mas al Infante en cuyo corazon no habia al, salvo toda bondad é limpieza, lo qual pasó algunos dias. Y estando así el Infante mucho fatigado por la forma que veia tenerse con él, é por no dar la orden que debia, así en la governacion de los Reynos, como en la guerra comenzada con los Moros, estaba muy turbado é no se sabia remediar, creyendo que los que poco sabian le darian cargo de las cosas dichas, en que él ninguna culpa tenia, antes siempre pensaba en servir al Rey su sobrino, é á la Señora Reyna, á la qual siempre acataba con grande humildad é reverencia.

CAPÍTULO III.

De las nuevas que vinieron á la Reyna é al Infante de los Caballeros que estaban en la frontera de los Moros.

Estando las cosas en este estado, viniéronle cartas muy ahincadas de los Maestres y Caballeros que estaban en la frontera de los Moros, diciendo que la gente se les queria venir, porque les eran debidos tres meses de sueldo é no les pagaban, ni habia de que; é así mismo escribió el Almirante á Don Alonso Enriquez, su tío, como en la armada habia mal recabdo, é no se hacia como debia por mengua de dinero; por lo qual el Infante hubo de suplicar á la Reyna le pluguiese socorrerle de algo del tesoro del Rey para pagar el sueldo que era debido, é para el armada que convenia de naos é galeas para guardar el Estrecho, para que el Almirante diese la cuenta que debia segun quien era. E la Reyna quiso saber que era menester para cumplir lo suso dicho, é para pagar sueldo á la gente quel Infante de necesidad habia de llevar, é hallóse que eran menester veinte cuentos, en tanto que se cogian los maravedis de las alcavalas, é pedido, é monedas, é otros derechos de los Reynos. E como quiera que la Reyna estuvo dura en venir en ello por guardar el tesoro del Rey su hijo, pero á la fin visto quanto cumplia á servicio de Dios, é del Rey é suyo que la guerra se hiciese, prestó los dichos veinte cuentos, con condicion que cogidas las rentas de los Reynos, y el pedido é monedas, los veinte cuentos se tornasen al tesoro del Rey; y el Infante ge lo tuvo en merced, é otorgó que así se hiciese como la Reyna mandaba. Lo qual todo la Reyna mandó luego cumplir. E la Reyna y el Infante habiendo gran voluntad que la guerra se hiciese como debia, á todos los Caballeros y Escuderos que mandaba ir á la guerra les hacia mercedes, é les acrecentaba en sus tierras raciones en el sueldo, y les mandaba dar dineros, así para se armar, como para tornar á sus tierras; é á muchos daba oficios, así en su casa, como en la casa del Rey su hijo: con lo qual todos iban muy contentos, é deseosos de hacer su deber.

CAPÍTULO IV.

Como los Comendadores de Calatrava quitaron la obediencia al Maestre Don Enrique de Villena, Conde que fué de Cangas é Tineo.

En este tiempo los Comendadores de la Orden de Calatrava quitaron la obediencia á Don Enrique, Conde de Cangas é Tineo, nieto del Marques de Villena, é nieto del Rey Don Enrique Tercero, de partes de su madre, á quien el Rey Enrique habia dado el Maestrazgo de Calatrava, habiendo traído maneras con Doña Maria de Albornoz, hija de Don Juan de Albornoz, su muger, á la qual hizo que dixese que Don Enrique era impotente, é por eso se queria meter monja; é que despues de Maestre él habria dispensacion del Santo Padre para casar, é la sacaria del Monesterio de Santa Clara de Guadalupe, donde la llevó á meter monja el Ministro Fray Juan Enriquez; é por esto renunció el Condado de Cangas é Tineo, y el derecho que habia al Marquesado. E por muchos desaguisados é sinrazones que decian que hacia á los Frayles Comendadores de su Orden, le quitaron la obediencia, é así quedó sin el Maestrazgo, é sin el Condado é Marquesado, é hubo de tornar á Doña Maria su muger, que era Señora de Alcocer, é Val de Olivas, é Salmeron, é Torralba, é Bereta, en la qual nunca tuvo hijos; é quanto en uno duraron siempre vivieron mal avenidos. E los Comendadores eligieron por Maestre al Comendador mayor Don Luis de Guzman; sobre lo qual hubo gran debate, é quedó la determinacion dél al Sancto Padre.

CAPÍTULO V.

De la victoria que hubieron el Mariscal Pero Garcia de Herrera é otros Caballeros que con él se juntaron, de los Moros de Vera; é del daño que hicieron en la dicha ciudad.

En este tiempo estaba por frontero en Lorca Fernan Garcia de Herrera, Mariscal de Castilla, é con él Mosen Enrique Bel, é Juan Faxardo, é Fernan Calvillo, é otros Caballeros y Escuderos; el qual Mariscal hubo lengua por un Moro que fué preso, del qual fué certificado que en la ciudad de Vera se ayuntaban muchos Moros; é luego él lo hizo saber á la cibdad de Murcia, é á Pero Lopez Faxardo, Comendador de Caravaca, é Alonso Iañez Faxardo, su hermano, é á Don Remon de Rocaful, é á Garcilopez de Cárdenas, Comendador de Socobos, rogándoles afectuosamente que á cierto dia fuesen todos en Lorca. Los quales con el pendon de Murcia fueron juntos en la villa de Lorca, Martes á ocho de Hebrero, é partieron dende el dia siguiente á nueve de Hebrero del año de mil é quatrocientos é siete años, é llegaron otro dia Jueves á hora de Tercia á la cibdad de Vera. E los Christianos que se hallaron en esta entrada fueron ochenta hombres darmas, é quinientos de caballo á la gineta, é tres mil peones lanceros é vallesteros; é hallaron los Moros bien apercibidos, porque habia tres dias

que eran avisados del ayuntamiento de los Christianos; é hubieron sabiduria como los Moros que eran venidos á Vera eran trecientos de caballo é mil peones. Y el Mariscal pensó que segun la gente que de Moros habia, querrian pelear con él; é ordenó sus batallas, é así estuvo esperando gran pieza del dia, é los Moros estuvieron quedos; é desque el Mariscal vido que no querian pelear con él, asentó su Real en unas huertas é parrales muy cerca de la cibdad, lo qual todo mandó talar, é hizo quebrar unos molinos, é quemó cincuenta casas muy buenas de alquerías, que estaban en término de la cibdad. E todo esto hecho, el Mariscal é los Caballeros que allí eran juntos con él, acordaron de combatir la cibdad, é combatiéronla por tres puertas que tiene. A la una pusieron el Pendon de Murcia, é fueron con él Juan Faxardo, é Alonso Iañez Faxardo, é muchos otros Caballeros; é á la otra puerta pusieron el Pendon de Lorca, é fueron con él Fernan Calvillo, y el Comendador de Aledo, é Mosen Enrique, y el Comendador de Archena; é á la otra puerta fué combatir el Mariscal con su estandarte, é con él Garcilopez de Cárdenas, y el Comendador de Moratilla, é muchos otros Caballeros y Escuderos; y el combate duró desde hora de Tercia hasta el Sol puesto; é combatieron tan fuertemente, que si llevaran escalas (aunque en la cibdad habia mucha gente) todavia se entrara por fuerza darmas. E por eso es gran error quando gente poderosa entra, no llevar mantas y escalas y los pertrechos necesarios para combatir; porque muchas veces se halla disposicion para poderse ganar algunos lugares, é piérdense por no tener pertrechos los que para ello convienen. Y en este combate fueron heridos muchos Caballeros y Escuderos christianos, é murieron en él quatorce, aunque no hubo en ellos hombre de cuenta; é de los Moros fueron muertos y heridos asaz. Y esa noche los Christianos se tornaron á su Real, en el qual pusieron muy gran guarda é vela, recelando que los Moros saliesen de noche á dar en el Real; é otro dia de mañana el Mariscal mandó armar toda la gente, é fué á quemar un arrabal asaz grande, el qual se robó é quemó. E de allí se partieron quanto á hora de medio dia, é fueron á un lugar que se llamaba Xuxena, que es á cuatro leguas dende, donde fueron certificados que estaban quinientos de caballo Moros, é dos mil peones que ese dia eran allí venidos de Baza, para se juntar con los de Vera; é llegaron á Xuxena otro dia bien de mañana. E luego como los Moros vieron que los Christianos venian, salieron al campo, é ordenaron sus batallas en esta guisa: que los de caballo se pusieron todos en una batalla, é los peones así lanceros como ballesteros en otra. E desque los Christianos los vieron así, ordenaron sus batallas, é hicieron toda la gente de caballo una batalla, en que pusieron todos los hombres darmas en la delantera; é de los peones que podian ser tres mil, hicieron dos batallas, la una de dos mil é quinientos hombres, é la otra de quinientos, escogidos. E las batallas ordenadas, el Ma-

riscal mandó que como su batalla moviese pié ante pié, que la batalla de los dos mil é quinientos Christianos se moviese paso á paso, é fuese pelear con los moros peones, é los quinientos hombres Christianos fuesen á su manderecha muy cerca de su batalla; é así se fueron paso á paso para los Moros, é los Moros vinieron para ellos, é la batalla se comenzó; é plugo á nuestro Señor que los Moros fueron desbaratados, é fueron huyendo para la villa. Quedaron de los Moros de caballo en el campo muertos setenta é ocho; fueron presos diez y nueve, é fueran muertos y presos muchos mas, salvo porque tuvieron la guarida muy cerca; é de los Moros peones fueron muertos hasta ciento. E los Christianos llegaron en el alcance hasta meter los Moros por las puertas de la villa, é los Moros cerraron las puertas; é los Christianos combatieron la villa, y entráronla por fuerza de armas. E los Moros de caballo que en ella estaban, fuéronse huyendo por la parte donde la villa no se combatía, é los otros retruxiéronse al castillo. E como la noche vino, los Christianos se ferian unos á otros, é acordaron de se salir de la villa é asentar su Real; é hallaron que eran muertos en este combate veinte hombres darinas Christianos, é bient cien peones. E otro día de mañana hallaron en la villa quarenta Moros muertos; é hubieron ahí gran despojo, en que llevaron cient caballos, é muchas corazas, é adargas y espadas; é fueron de los heridos ciento é cincuenta Christianos. Y en esta entrada estuvieron el Mariscal é los Caballeros que con él entraron en la tierra de los Moros, cinco dias con sus noches, é aportillaron toda la villa, é partiéronse dende sin combatir el castillo, porque fueron certificados que mucha gente de Moros se ayuntaba para venir contra ellos. E murió en esta batalla el Cabecera de Baza, que era muy valiente caballero, é llamábase Ali Abemuza. E los Christianos se volvieron cada uno á su casa mucho alegres con esta victoria. Lo qual sabido por la Reyna é por el Infante, hubieron dello gran placer.

CAPÍTULO VI.

De la habla que el Infante Don Fernando hizo á la Reyna é á los Grandes é á los Procuradores de las Cidades é Villas sobre la guerra de los Moros.

Los quales Reyna é Infante, estando asentados en Cortes en Segovia, en la posada del Obispo, en Jueves veinte é quatro dias de Hebrero del dicho año de mil é quatrocientos é siete años, que fué primero del reynado deste Rey Don Juan, estando ende Don Alfonso é Don Juan, hijos del dicho Infante, é Don Alonso Enriquez, su tio, Almirante mayor de Castilla, y el Conde Don Fadrique, su primo, é Don Ruy Lopez Dávalos, Condestable de Castilla, é Juan de Velasco, Camarero mayor del Rey, é Gomez Manrique, Adelantado mayor de Castilla, é Pero Afán de Ribera, Adelantado mayor del Andalucía, é los Procuradores de las Cidades é Villas, é algunos Perlados, é otros muchos Caballeros y Es-

cuderos é Cidddanos, el Infante dixo: «Muy poderosa Señora, é vos los Perlados, Condes é Ricos-Hombres, Procuradores, Caballeros y Escuderos que aquí estais: dias ha que sabeis como ante del fallecimiento del Rey mi señor é mi hermano, yo estaba en propósito de le servir con mi persona y Estado en esta guerra, como la razon é lealdad y debdo me obliga; é agora no está menos, ante mucho mas, porque me parece ser agora mas necesario que en la vida suya; é ya vedes como el verano se viene, é seria razon que yo estuviese ya en el Andalucía: por ende á vos, Señora, suplico é pido por merced que dedes órden como yo me pueda partir; é todos vosotros, así Perlados como Caballeros, llameis vuestras gentes, é trabajéis como los maravedis que se han de coger, así de las rentas del Rey mi señor, como del pedido é moneda, se cobren con muy gran diligencia, porque la gente que á la guerra fuere sea bien pagada, é no haya falta alguna en las cosas necesarias, para que la guerra se haga como debe, á servicio de Dios, é del Rey mi señor, é á bien de sus Reynos. E ninguno sea osado de turbar ni estorvar que lo debido al Rey mi señor se dexé de pagar en los tiempos que ordenado está, porque quien que el contrario hiciere, sería digno de muy graves penas: las cuales sea cierto que quien quiera que tal yerro hiciere, ge las mandaremos dar muy crudamente la Reyna mi señora é yo, como Tutores é Regidores destos Reynos. Y esto sea lo mas presto que ser podrá, porque con la bendicion de nuestro Señor podamos partir en tal manera, que la guerra se haga con la diligencia que debe.»

CAPÍTULO VII.

De la respuesta que la Reyna dió al Infante, agradeciendo mucho á Dios, pues le habia llevado al Rey, en haber dexado á él, á quien entendia tener por hijo y hermano.

A lo qual la Reyna respondió: «Amado hijo y hermano: yo he bien entendido todo lo que habeis dicho, é tengo á Dios en merced haberos dado tan buena voluntad y conocimiento de su Santa Fe católica, é por ella querer poner vuestra persona á todo trabajo é peligro, en lo qual mostrais bien quien sois, y el debdo é naturaleza que teneis con el Rey mi hijo, y el amor que siempre habeis mostrado á estos Reynos, donde tan grandes debdos teneis; é vos place así por todo lo dicho, como por el provecho é bien destos Reynos, ir personalmente en la prosecucion desta guerra; é confío en nuestro Señor que vos ayudará en tal manera, que daréis de vos la cuenta que se espera, é sojuzgaréis estos infieles enemigos de nuestra Santa Fe católica, y ensalzareis la Corona destos Reynos, é por vuestros notables hechos será puesta su tierra so el señorío del Rey mi hijo. E porque este hecho es muy grande, é requiere allende de los peligros é trabajos, grandes costas y despensas, é seyendo vos en la guerra no se podrian tan bien haber las cosas para ella necesarias, ni se podría haber tan

CAPÍTULO IX.

De lo que el Almirante Don Alfonso Enriquez respondió por sí é por todos los Condes é Ricos-Hombres é Caballeros y Escuderos destos Reynos.

El Almirante Don Alonso Enriquez respondió por todos los Condes é Ricos-Hombres é Caballeros y Escuderos, que todos estaban muy prestos para hacer todo lo que los Señores Reyna é Infante les mandasen: por ende que les suplicaba diesen el orden que les parecia para poner en obra todo lo dicho por el Señor Infante, é que luego se haria, pues todo era muy necesario al servicio de Dios é del Rey, é al bien comun destos Reynos, á que todos eran obligados de servir é ayudar, cada uno segun su poder é facultad bastase.

CAPÍTULO X.

De cómo los Procuradores demandaron traslado de lo dicho por la Reyna é por el Infante.

E luego los Procuradores de los Reynos demandaron traslado de todo lo dicho por la Señora Reyna é Infante, lo qual les fué luego mandado dar Sábado siguiente, que fueron veinte y seis dias del dicho mes de Hebrero. Estando asentados en Cortes los Señores Reyna é Infante, con todos los otros que en las Cortes se solian asentar, los dichos Procuradores respondieron por escripto en esta guisa

CAPÍTULO XI.

De la respuesta que con licencia de la Reyna dieron á la proposicion que el Infante hizo.

«Muy alta é muy poderosa Princesa: con la reverencia que debemos, suplicamos á Vuestra Señoría nos quiera dar licencia para responder á la muy noble proposicion, é á nosotros mucho agradable, hecha por el Señor Infante, al qual plega á nuestro Señor dar muy larga vida é cumplimiento de los loables é virtuosos deseos suyos: al qual tenemos en muy señalada merced querer tomar con gran cuidado é fatiga por servicio de Dios y del Rey nuestro señor é vuestro, por ensalzamiento de la Fe católica é acrecentamiento de la Corona Real del Rey nuestro señor vuestro hijo, en querer ir personalmente en esta guerra, é tomar de tan gran voluntad empresa tan santa y tan loable; y esperamos en nuestro Señor que por sus merecimientos le dará victoria de los enemigos de nuestra Santa Fe católica. E á las cosas propuestas por vos, muy excelente Príncipe é Señor Infante, respondemos por las ciudades é villas cuyos Procuradores somos, que todos trabajaremos como haya efecto todo lo que por la Reyna nuestra señora, y Vuestra Señoría nos es mandado, y será de aquí adelante, é no daremos lugar á que se embarguen ni empachen de se coger todos los maravedis que al Rey nuestro señor se deben, así de alcavalas é pedidos y monedas, como en otra qualquier manera, porque

buen consejo en las cosas necesarias, ni tanto á bien é provecho destos Reynos; por ende, amado hijo y hermano, yo vos ruego que porque yo pueda dar de mi buena cuenta, é mis trabajos puedan aprovechar, que vos plega que pues todos los tres Estados destos Reynos están agora aquí juntos, querais con ellos ver é tener é concordar todas las cosas que son necesarias para la prosecucion desta guerra, é de donde se ha de pagar la quantia que es agora otorgada, que no es bastante para cumplir lo necesario, pagándose los veinte cuentos que vos habeis de mandar tornar al tesoro del Rey mi hijo, é para cumplir el testamento del Rey mi señor; y en todo dedes tal órden, que por falta de lo necesario no hayais de dexar lo comenzado: lo qual no sería á vos pequeña mengua segun quien sois.»

CAPÍTULO VIII.

De la proposicion que Don Sancho de Roxas, Obispo de Palencia, hizo á la Reyna Doña Catalina, en presencia del Infante y de todos los Grandes que ende estaban.

Acabada la habla de la Reyna, levantóse Don Sancho de Roxas, Obispo de Palencia, é dixo: «Muy esclarecida Señora: dias ha que Vuestra Señoría debe tener conocido la gran virtud y bondad del Señor Infante, y el deseo que siempre hubo al servicio de Dios, é del Rey nuestro señor, que Dios haya, é vuestro, el qual continuando, quiere agora con gran diligencia, poniéndose á todo trabajo é peligro, ir personalmente en prosecucion de la guerra comenzada; é por eso es muy gran razon que Vuestra Señoría le ayude é favorezca é dé orden como no mengüe cosa de lo necesario: que no menos Vuestra Señoría hará guerra á los Moros, tomando cuidado de las cosas necesarias para la guerra, é mandándolas poner en obra, que los que tomarán la lanza en la mano contra ellos. E vosotros, Señores Condes, Ricos-Hombres é Caballeros y Procuradores, é no menos los Perlados, todos debemos tomar cuidado de servir é ayudar con las personas é haciendas, é con todo lo que pudiéremos en esta guerra, como verdaderos Christianos zeladores del servicio de Dios y del Rey, é del bien comun destos Reynos, é como buenos é leales vasallos. Y pues todos aquí estais juntos, ante que el Señor Infante para la guerra se parta, es bien que en todo dedes orden, é se haga lo que la Reyna nuestra señora ha dicho é mandado: lo qual cumple mucho que muy prestamente se ponga en obra, porque la perdida del tiempo es muy grande, é nunca se cobra; é todos debemos mirar á la lealtad é bondad del Señor Infante, que es Príncipe tan esforzado é tan vivo, tal é tan bueno, que ninguno quedará de los que bien le sirvieren sin galardón codigno á su merecimiento: é los que así lo hicieron honrarán á Dios, é ganarán gloria é fama para sí é para los que dellos vinieren.»

por la falta de dinero no se dexa de hacer la guerra como Vuestra Señoría lo quiere é desea. E suplicamos á la Reyna nuestra señora é á Vuestra Señoría, que los quarenta é cinco cuentos que son otorgados al Rey nuestro señor, que no se gasten en otra cosa alguna, salvo en esta guerra; de lo qual con la reverencia que debemos, vos pedimos por merced que ambos á dos nos queráis prometer é jurar de lo así mantener y guardar; é así mismo vos suplicamos que para que mejor sepáis la forma en que cada uno en esta guerra ha de servir, queráis mandar ver los ordenamientos que el Rey Don Enrique nuestro señor (de gloriosa memoria, que Dios dé santo paraíso) tenía hechos, declarando quales personas así de las Ordenes, como Eclesiásticos y Seglares, habían de servir en esta guerra, y en que manera; las quales creemos ser muy provechosas é necesarias, para que todo se haga como cumple á servicio de Dios é del Rey é vuestro. Muy esclarecidos Señores, á Vuestra Señoría suplicamos que porque somos certificados que al Rey nuestro señor es debida muy gran suma de maravedis, así por sus Tesoreros, como por los Recabdadores, que mandéis que todos den cuenta con pago de todo lo que se hallare que deben: lo qual creemos será grande ayuda para esta guerra.»

CAPÍTULO XII.

De cómo la Reyna é Infante juraron de no gastar cosa de los quarenta é cinco cuentos, salvo en la guerra de los Moros.

E luego los dichos Señores Reyna é Infante hicieron juramento é pleito y omenage de no gastar cosa alguna de los dichos quarenta é cinco cuentos, salvo en las cosas necesarias para esta guerra: é dixeron que agradecían mucho á los Procuradores en les haber dicho de los maravedis que al Rey eran debidos por sus Tesoreros é Recabdadores, y que entendían de luego mandarles tomar las cuentas, é hacerles pagar lo que se hallase que debían: é que les placía de ver las ordenanzas que decían, que para esta guerra había mandado hacer el Señor Rey Don Enrique de gloriosa memoria, que es cierto que podrán aprovechar.

CAPÍTULO XIII.

De la habla que el Conde Don Fadrique hizo á la Reyna y al Infante.

E visto lo dicho por los Procuradores, Don Fadrique Conde de Trastámara dixo á la Señora Reyna é Infante: Muy altos é muy poderosos nuestra Señora la Reyna, y el Señor Infante, é vosotros Perladados, Señores, Condes, é Ricos-Hombres, é Caballeros, é Procuradores de las Cidades é Villas destos Reynos del Rey mi señor: ya habeis oido lo que la Reyna nuestra señora y el Señor Infante vos dixeron, é á vuestra suplicacion vos mandaron dar en escripto: é vedes bien quanto necesaria es la presta partida del Señor Infante en el Andalucía, por continuar esta guerra que el Rey mi señor Don Enrique,

que Dios perdone, dexó comenzada: é habeis bien conocido el santo propósito é limpia voluntad quel Señor ha en la proseguir, como quienes: así es muy gran razon que todos con leal corazon le sirvamos en guerra tan justa é tan necesaria, en la qual ya vedes quanto pueden servir los Hidalgos, de los quales, muy poderosos Señores, yo soy certificado por algunos dellos que conmigo han hablado, que hay muchos quejosos, que algunos están injustamente deheredados de lo suyo, é otros que les es mucho debido de lo que han en tierras, y mercedes, é mantenimientos, é raciones del Rey nuestro señor: porque me parece que pues los Hidalgos han de ir en esta guerra con el Señor Infante, que debeis mandar ver su justicia, de los que dicen que les es tomado lo suyo á sinjusticia: é á los otros mandar pagar lo que les es debido, porque ellos vayan contentos, é tengan mejor con que puedan servir al Rey nuestro señor é á Vuestra Señoría.

CAPÍTULO XIV.

De la respuesta que la Reyna y el Infante dieron al Conde Don Fadrique.

E la Señora Reyna é Infante respondieron al Conde, que le agradecían lo que había dicho, y le rogaban é mandaban que tomase las peticiones de los Hidalgos que así eran quejosos, é que las verían con su Consejo, é desagraviarían á los que con razon fuesen quejosos, é á los que algo se les debía que lo mandarian luego pagar, y les harían muchas ayudas y mercedes, porque todos fuesen alegres é contentos á esta guerra.

CAPÍTULO XV.

Como el Conde Don Fadrique tomó las peticiones de los Hijos-dalgo, é las presentó á la Reyna y al Infante.

El Conde tomó las peticiones de los Hijos-dalgo agraviados, y las presentó ante los Señores Reyna é Infante; é vistas por ellos, é por los del Consejo del Rey, los agraviados con derecho fueron satisfechos, y los otros fueron pagados de todo lo que les era debido, é aun recibieron allende otras mercedes.

CAPÍTULO XVI.

Como la Reyna y el Infante tornaron el Audiencia en la forma que solía, porque el Rey Don Enrique la había dexado en el doctor de Acevedo.

E como el Rey Don Enrique, que Dios haya, fuese muy deseoso de tener estos reinos en gran justicia, é fuese quejado de los Oidores que no hacían las cosas tan bien como debían, mandó quitar todos los Oidores, y dexó por Oidor solamente al Doctor Juan Gonzalez de Acevedo, el qual como quiera que era muy buen hombre é muy buen letrado, hacía todo lo que podía muy justamente; pero los negocios eran tantos y de tan diversas cualidades, que él no podía bastar á todo como quisiera, y por

eso los Señores Reyna é Infante acordaron de tornar el Audiencia en la forma que solía, poniendo en ella perladados y doctores los mas escogidos y de mayor conciencia que en estos Reynos hallaron.

CAPÍTULO XVII.

De como la Reyna y el Infante tornaron los oficios á Sevilla y á Córdoba, que les había tirado el Rey Don Enrique.

El dicho Señor Rey Don Enrique, deseando gobernar estos Reynos en gran sosiego é justicia, fué le quejado que los Alcaldes mayores y Regidores de Sevilla y de Córdoba no usaban de la justicia como debían, y por eso los privó de los oficios, y puso por Corregidor en Sevilla al Doctor Juan Alonso de Toro, hermano del Doctor Periañez, y solamente dexó en Sevilla cinco Regidores que la rigiesen, los quales fueron Rodrigo Alvarez de Abrego, y Diego Garcia, Escribano de Cámara del Rey, é Micer Ventolin, Maestresala del Rey, y Juan Martinez de Sevilla, y Bartolomé Martinez de Sevilla, Tesorero que fué del Rey Don Juan Primero, los quales con el dicho Corregidor tuvieron aquella cibdad cinco años en toda paz y concordia é mucha justicia; é todos los Caballeros é é Ciudadanos estuvieron siempre muy obedientes al Corregidor é Regidores, con gran temor que del Rey tenían. E otro tanto hizo el dicho Señor Rey Don Enrique en la cibdad de Córdoba, en la qual puso por Corregidor al Doctor Pero Sanchez del Castillo, é privó á los oficiales della de los oficios en la forma que lo hizo en Sevilla; y el Doctor Pero Sanchez tuvo el Corregimiento un año, é despues el Rey puso ende por Corregidor al Doctor Luis Sanchez, el qual tuvo el Corregimiento quatro años, é hizo muy buenas ordenanzas en la cibdad, é túvola en gran justicia, é labró mucho en los muros de la cibdad, é hizo una torre que dicen de Malmuerta, que es muy grande, de cal y de canto; é hizo otra torre en las Guadacabrilas por guarda del camino de Sevilla; é así la cibdad estuvo en mucha paz y sosiego é gran justicia, hasta quel Señor Rey Don Enrique murió. E luego quel Rey murió, comenzaron los oficiales de Sevilla á bollescer por tornar á sus oficios; é hubo sobresto tantos escandalos, que la cibdad se hubiera de perder, é hubo de ir á Sevilla el Maestre de Santiago Don Lorenzo Xuarez á los poner en paz, donde así mismo vino en este tiempo el Almirante Don Alonso Enriquez, é ambos á dos acordaron la cibdad de manera que los dexaron en paz. E los Regidores que habían seydo tirados por el Señor Rey Don Enrique embiaron sus mensageros á los Señores Reyna é Infante suplicándoles que les quisiesen mandar tornar sus oficios. E como quiera que la Reyna y el Infante no quisieran tornarlos á los que primero los tenían, tantos rogadores hubo por ellos, que les fueron tornados los oficios á las dichas cibdades de Sevilla é Córdoba; lo qual se hizo mas por la necesidad del tiempo, que por voluntad que hubiesen de lo así hacer: sobre lo qual los dichos Señores embiaron sus cartas

á las dichas cibdades, escribiendo en ellas los yerros que los dichos oficiales habían hecho, porque les habían quitado sus oficios, los quales les querían perdonar, creyendo de aquí adelante se emendarían é lo harían de otra manera que hasta allí lo habían hecho.

CAPÍTULO XVIII.

De como algunos desleales servidores tenían formas como la Reyna y el Infante no se concordasen en el partido de las Provincias.

Queriendo los dichos Señores Reyna é Infante partir el regimiento de las Provincias destos Reynos por la forma quel Señor Rey Don Enrique lo dexó ordenado, algunos desleales servidores que buscaban discordia entre la Reyna y el Infante, tenían forma que no se concertasen, é lo que un día estaba asentado, otro día se desconcertaba. Y el Infante estaba en gran cuidado, porque él iba por el camino derecho, é los malos consejeros hacían á la Reyna torcer el camino por vía que nunca se concertasen; é como quiera quel Infante trabajaba por saber los que esto hacían, nunca lo pudo cierto saber. E andando las cosas en esta discordia, la Reyna dixo que ella quería ir á la guerra con el Infante, é por eso sería escusado de partir las Provincias, é así regirían juntamente los Reynos; é luego la noche que esto dixo, para poner en obra la partida, hizo cortar pendones, é hizo nóminas de los que habían de quedar con el Rey é los que habían de ir con ella, así de sus oficiales como de otros Caballeros y Perladados con gente darmas. Y estando deste acuerdo embiólo decir al Infante, el qual le respondió que era muy bien, é que se hiciese como Su Señoría mandase, é si á Su Merced pluguiese, que en tanto quel entraba en tierra de Moros, ella podría estar en Córdoba ó en Carmona, é desde allí podría mandar proveer en todo lo necesario para el Real; é que allende desto veyendo Su Señoría como la guerra se hacia, mandaría con mas voluntad, si menester fuese, acorrer con dineros del tesoro, é así todo se haría mejor que quedando ella en Castilla; é creía que segun su gran virtud y discrecion, estando ella en el Andalucía, todas las cosas se harían mejor que en su ausencia. Lo qual todo se hubo de platicar ante los del Consejo del Rey, los quales todos acordaron la ida de la Reyna ser muy dañosa, y que á servicio del Rey no cumplía por cosa del mundo, mayormente seyendo el Rey en tan poca edad como era; é que convenia que la Reyna estuviese queda é curase de la crianza del Rey y de las Señoras Infantas sus hijas, é quel Señor Infante fuese á la guerra con la gracia de nuestro Señor, como primero estaba ordenado: é así se acordó que la Reyna quedase en Segovia, y el Infante se fuese á la guerra.

CAPÍTULO XIX.

De como la Reyna y el Infante partieron las Provincias, é hicieron el Reyno dos partes.

E luego comenzaron á entender en partir las Provincias, como por el dicho Señor Rey Don Enrique quedó ordenado en su testamento, é hicieron el Reyno dos partes, é cupo á la Reyna de los puertos contra Castilla, é al Infante contra el Andalucía, porque cumplia así para hacer la guerra á los Moros, é así quedaron avenidos. E partidas las Provincias, la Reyna decia que la Chancillería debia quedar en Segovia como el Rey lo dexó mandado; y el Infante decia, que pues él iba á la guerra, é habia de regir tan gran Provincia, que era razon que todos los oficiales fuesen con él, así Chancillería como Contadores mayores, é Contadores de cuentas, y sello y registro; é acordáronse que con el Infante fuese un Contador mayor, el qual fué Anton Gomez, é otro de las cuentas, que fué Nicolas Martinez, é cada uno destos dexó un su lugarteniente con el otro, porque los Contadores mayores supiesen todavía lo que se hacia en cada parte del regimiento; é fueron con él de los Oidores de la Chancillería Don Sancho de Roxas, Obispo de Palencia, é Juan Gonzalez de Acevedo, é Juan Rodriguez de Salamanca, é Luis Sanchez, Doctores en Leyes; é Gutier Diaz con el registro, é Diego Fernandez Escribano con el sello de la Puridad; y el sello mayor de la Chancillería fué dado á Juan Gonzalez de Acevedo para que lo llevase; é ordenaron que quedase toda la otra Chancillería en Segovia, y el sello de las Tablas de plomo. E por quel Infante iba á la guerra, é tales cosas podian hacer algunos de los Ricos-Hombres é Caballeros en servicio del Rey, por que les debiese hacer merced por ello, é él les hubiese á dar sus cartas é privilegios sellados con sellos de plomo, porque fuese exemplo, é cada uno curase de bien hacer; por ende ordenaron que fuesen dadas al Infante cinquenta cartas de pergamino blanco, selladas con las Tablas de plomo, para lo que dicho es, las quales él rescibió, é dió conocimiento dellas á la Reyna, y él las mandó entregar al Doctor Juan Gonzalez de Acevedo, el qual dió conocimiento dellas al Infante porque diese cuenta dellas.

Esta es la composicion que hicieron el Infante Don Fernando y la Reyna Doña Catalina, por donde han de librar en las tutorias, que fué hecha en Segovia el año de mil é quatrocientos é siete años.

Don Juan, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Leon, de Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaen, del Algarve, de Algecira, é Señor de Vizcaya é de Molina. A todos los Arzobispos é Obispos é Duques é Condes é Maestres Priores Ricos-Hombres Caballeros y Escuderos de los mis Reynos é Señoríos, é á qualquier ó á qualesquier de vos á quien esta mi carta fuere mostrada, ó el traslado de ella, signado de Escribano público, salud y gracia. Bien sabedes quel

Rey Don Enrique, mi padre é mi señor, que Dios perdone, ordenó é dexó en su Testamento por mis Tutores é Regidores de mis Reynos á la Reyna Doña Catalina, mi madre é mi señora, é al Infante Don Fernando, mi tío: en el qual dicho Testamento se contiene una cláusula, el tenor de la qual es este que se sigue. «E si acaesciere por necesidad, ó por alguna razon legitima, que uno de los dichos Tutores é Regidores no estén en la cibdad ó villa ó lugar donde el otro estuviere, mando é ordeno que en este caso cada un dellos pueda regir é administrar solo, jurando primeramente cada uno dellos en presencia del otro, é de los del mi Consejo que ahí fueren, que no librarán cosa alguna de lo que pertenesce á la dicha tutela é regimiento, sin que firmen en la carta dos del mi Consejo en las espaldas; pero antes que se departan en uno, ordeno é mando que repartan la dicha tutela é regimiento por Provincias, segun fuere expediente é complitero para mejor regimiento; é que acabada é cumplida la dicha necesidad ó razon legitima, que luego tornen á regir ámbos á dos ayuntadamente, segun de suso dicho es.» E otrosí, bien sabedes la guerra quel dicho Señor Rey mi padre dexó comenzada contra el Rey de Granada, y en como yo hize venir aquí á Segovia á todos los Señores, Condes, é Ricos-Hombres, y Perlados, é Procuradores de las Órdenes de Santiago é de Calatrava é de Alcántara é de San Juan, é de los Cabildos é Iglesias vacantes, é los Procuradores de todas las Cidades é Villas é Lugares de mis Reynos que estaban con el dicho Señor Rey mi padre ayuntados en la cibdad de Toledo al tiempo de su muerte, sobre la expedicion é cosas que eran necesarias é complideras para la dicha guerra. E habido con ellos maduro consejo, por servicio de Dios, é á provecho é bien de mis Reynos, é por esquivar é guardar é haber venganza de tantos males é daños é injurias que estos Reynos han rescebido del dicho Rey de Granada é de sus Moros, é podria recibir adelante si sobrello no fuese proveido, fué por todos acordado quel dicho Infante fuese por su persona á hacer la dicha guerra: por lo qual el dicho Infante parte é se va en el nombre de Dios á hacer la dicha guerra. E por quanto la dicha necesidad é razon legitima, los dichos Reyna é Infante, mis Tutores é Regidores, no pueden estar en uno, é se han de partir forzada é razonablemente, hicieron el juramento suso contenido, é departen é dividen é dividieron la administracion de la dicha tutela por Provincias en esta manera que se sigue. El Arzobispado de Santiago, é los Obispos de Tuy, é Astorga, é de Oviedo, é de Leon, é de Zamora, é de Salamanca, é Ciudad-Rodrigo, é Ávila, é Segovia, é Burgos, é Osma, é Calahorra sean en la administracion de la dicha Señora Reyna mi madre. E los Arzobispos de Toledo, é Sevilla, é los Obispos de Cuenca, é de Sigüenza, é Cartagena, é Cádiz, é de Córdoba, é de Jaen, é de Badajoz, é Coria, é Plasencia, é Lugo, é Orense, é Mondoñedo, é Palencia que sean en la administracion del

dicho Infante mi tío; pero que las villas de Valladolid é de Tordesillas, que son del dicho Obispado, con sus aldeas é lugares é términos, que sean en la administracion de la dicha Reyna mi madre. Item, todas las cibdades é villas é lugares que la dicha Señora Reyna mi madre, é la Infanta Doña María mi hermana, así solariegos como behetrías (1), en los Arzobispos é Obispos susodichos, de que la administracion ha de haber el dicho Infante, queden é sean en la administracion de la dicha Señora Reyna mi madre. Y eso mesmo, que todas las villas é lugares que son, así solariegos como behetrías, del dicho Infante, é de la Infanta Doña Leonor, su muger, é sus hijos, é las villas de Alva de Tormes, é de Aillon con sus aldeas é términos, que sean en la administracion del dicho Infante. E porque en esta division de administracion no nasciese dubda, porque hay algunas cibdades é villas é lugares aqueude los puertos, que tienen tierra é aldeas é lugares allende de los puertos, é por esta mesma, en lo contrario, no sabian en cuya administracion cupieron; las dichas tierras é aldeas é lugares sean en la administracion de aquel en cuya administracion fuere la dicha cibdad ó villa ó lugar de cuya jurisdiccion fueren las dichas tierras é lugares é aldeas; é las otras cibdades é villas é lugares que tienen jurisdiccion apartada, que fueren allende de los puertos, que sean en la administracion é jurisdiccion del dicho Infante; é las que fueren de aqueude los puertos, que sean en la administracion é jurisdiccion de la dicha Reyna mi madre, no embargante que las cabezas de los Obispos sean en la administracion de la otra parte. E para bien é provecho é prosecucion de la dicha guerra, por los casos que podrian acaescer, fué y es acordado en la dicha administracion, que si el dicho Infante procediere, juzgare, é sentenciare contra qualesquier personas que erraren ó cometieren maleficios ó hicieren otras cosas defendidas cerca de la guerra, ó no cumplieren lo que deben é son tenidos é les fuere mandado por el dicho Infante en lo que toca á la dicha guerra, ó hiciere otros mandamientos de embargos, así contra sus personas como contra sus bienes, que las tales sentencias é mandamientos sean guardados é cumplidos en todas las partidas de los dichos mis Reynos é Señoríos, en qualquier de las Provincias é Obispos que caben en la dicha administracion é division, con aquel que poder hubiere del dicho Infante, hagan las dichas execuciones y embargos, así en las personas como en los bienes, segun dicho es. E si los dichos oficiales de la dicha Señora Reyna mi madre no guardaren ni cumplieren lo que dicho es, que los oficiales del dicho Infante que su poder hubieren para ello, los puedan executar é cumplir, no embargante que el lugar en que se hubiere de hacer la dicha execucion sea en la provincia de la administracion de la dicha Reyna mi ma-

(1) Parece que falta la voz *tienen*.

dre. Y eso mesmo, si acaesciere que algunos Caballeros y Escuderos é otras personas qualesquier que tienen tierra de mí é han de quedar acá para servicio, é con la dicha Reyna mi madre é mi señora, é no han de ir á la dicha guerra, ó tuvieren, ó tomaren, ó hubieren de tomar sueldo della en las Provincias é Obispos é villas y lugares de la administracion del dicho Infante, no hicieren ni cumplieren lo que la dicha Señora Reyna mi madre é mi señora mandare, ó hicieren ó cometieren algunos maleficios en mi deservicio, que la dicha Reyna mi madre é mis oficiales ó suyos puedan contra ellos proceder, é las sentencias é mandamientos que por ella ó por ellos fueren hechos, así en las personas como en los bienes de los tales malhechores desobedientes, sean executados é cumplidos por los oficiales que estuvieren en las dichas Provincias é Obispos é villas y lugares por el dicho Infante, con aquel que poder hubiere de la dicha Reyna mi madre. E si los dichos oficiales del dicho Infante no quisieren guardar ni cumplir lo que dicho es, que los oficiales de la dicha Señora Reyna mi madre que para ello su poder hubieren, los puedan executar é cumplir, no embargante que el lugar en que se hubiere de hacer la dicha execucion sea en la provincia é administracion del dicho Infante. E otrosí, que todas las cartas que el dicho Infante diere en los hechos que tocan á la dicha guerra, así de llamamiento de gente é caballeros, y escuderos, hijosdalgo é vallesteros, é de lievas de pan é otros pechos, y en todo lo otro que fuere necesario espediente para la dicha guerra, que sean guardadas é cumplidas en las Provincias é Obispos é cibdades é villas é lugares que sean é caben en la administracion de la dicha Provincia de la dicha Reyna mi madre. E que todos los maravedis que son otorgados y echados é repartidos por todo el Reyno para la dicha guerra así en las provincias é tierras que son de la administracion de la dicha Reyna mi madre, que sean dados é pagados por mandamiento é cartas del dicho Infante, é que no sea en ello puesto embargo ni contrario alguno, ante que la dicha Reyna mi madre, é los Jueces é oficiales de sus provincias é de los lugares de su administracion sean tenidos de guardar é cumplir é hacer cumplir con efecto los dichos mandamientos é cartas que el dicho Infante diere sobre lo que dicho es, salvo en los maravedis que la dicha Reyna mi madre é mi señora ha de haber de los que así fueron otorgados para la dicha guerra, por razon de la dicha tutela. Porque los hechos é negocios é pleytos que á la Audiencia é Chancillería pertenescen, así principalmente, como apellaciones é suplicaciones, que queden todos para la dicha Chancillería é Audiencia, é no entren en la dicha division, ni puedan cada uno de los dichos mis Tutores de se entremeter, salvo en los casos en que de derecho debén. E que esta dicha division dure mientras el dicho Infante estuviere en la dicha guerra é durare la dicha necesidad della. Porque vos mando á todos é á cada uno de vos, que